Judith Stronach*

Terror cotidiano en Guatemala**

Una mujer guatemalteca se asoma a la ventana cuando escucha llegar el auto de su compañero. Y mira cómo de otro coche se bajan cuatro hombres, vestidos normalmente, pero con botas militares, y se lo llevan, sin que los policías de la esquina hagan algo por impedirlo. Ella toma las placas del coche y pronto descubre que son oficiales: la policía de seguridad o alguna unidad paramilitar fue quien realizó el secuestro. Pero cuando intenta localizar a su esposo, ninguna autoridad se hará responsable de su paradero. Esta escena es muy común en Guatemala.

El marido de esta mujer ha *desaparecido*. No está muerto; no hay cadáver. No ha sido arrestado, no hay cargos en su contra. Tampoco tiene derechos: su detención no es oficial. Simplemente él ya no está. Si hubiera sido arrestado, ella podría contratar los servicios de un abogado para su defensa; si lo hubieran matado, ordenaría lo relativo a su funeral y viviría su duelo. Pero la *desaparición* no da oportunidad a la acción legal ni a los ritos religiosos; deja sólo preguntas: ¿por qué? ¿dónde está?, ¿está vivo? Y el intento de responderlas dominará la vida, ya imposible, de esta mujer.

Y es precisamente la confusión y el desamparo de los sobrevivientes lo que se pretende con esta forma indiscriminada de reprimir a la oposición. Algunos de los desaparecidos pertenecen a organizaciones disidentes, otros son elegidos al azar: un vendedor de helados, un sastre, un cantante.

Las organizaciones de derechos humanos calculan que en los últimos veinte años más de 38,000 guatemaltecos han desaparecido: la tercera parte del total de desaparecidos en Latinoamérica. Otros 100,000 han sido asesinados desde 1954, y casi una séptima parte de la población se ha quedado sin hogar. Los regímenes militares han desatado esta violencia para aniquilar la inconformidad de los guatemaltecos y mantener el orden público arbitraria e irracionalmente es una estrategia perversamente eficaz que aterroriza a la población. Aproximadamente el 70 por ciento de los 8.7 millones de habitantes de Guatemala vive en la extrema pobreza.

Los desaparecidos son en su mayoría hombres. Y como alguien tiene que saber en dónde están, sus mujeres los buscan en todas partes: hospitales, morgues, cementerios, estaciones de policía, cárceles, barracas militares. Y con todos los medios a su alcance: publican su fotografía en los diarios, recurren a las instancias legales. Pero sin éxito. Un antiguo presidente de la suprema corte confesó no recordar un solo caso que culminara en la liberación del desaparecido.

En todo este proceso los familiares acaban por conocerse entre sí. En junio de 1984, tres mujeres guatemaltecas que se habían conocido durante este penoso itinerario formaron el *Grupo de Apoyo Mutuo:* GAM. No era algo nuevo, ya en América Latina las mujeres se habían unido para buscar a sus parientes desaparecidos y dar un testimonio político de su experiencia personal; son las Madres y Abuelas de Argentina, las Madres y Familiares de El Salvador, las Madres de los Uruguayos Desaparecidos en Argentina, las Madres de los Prisioneros Políticos en Brasil y las Madres de Chile.

El GAM tiene 1,200 miembros, de los cuales cuatro de cada cinco son mujeres. Su propósito es obtener nuevas desapariciones. Para eso organizan manifestaciones, servicios religiosos, ayunos, inician procesos legales, dan conferencias de prensa y acuden a organizaciones internacionales, entre otras acciones. También se han reunido con el General Humberto Mejía Víctores, el anterior jefe de estado, y con Vinicio Cerezo, quien tomó posesión como presidente civil de ese país en enero de 1984. Todas estas acciones tienen una extraordinaria importancia en Guatemala, donde ninguna otra manifestación pública ha sido posible desde hace seis años.

Pero su costo es altísimo. Dos de sus líderes, Orlando Gómez de 34 años, y Rosario Godoy de Cuevas de 24, esposa de un estudiante desaparecido, fueron asesinados el año pasado. Sus muertes levantaron una ola de protesta internacional, sin embargo, las desapariciones continúan y las mujeres del GAM siguen en su interminable búsqueda. Y consumen su tiempo en las tareas que les imponen los canales burocráticos: reúnen enormes pilas de documentos oficiales para certificar la desaparición. Este proceso resulta particularmente difícil para quienes no saben leer ni escribir; sobre todo si consideramos que el analfabetismo es muy elevado en Guatemala y que más de la mitad de quienes lo padecen son mujeres. Las indígenas, una mayoría en GAM, ni siquiera hablan español. Y este grupo es blanco predilecto de la violencia oficial por su supuesta simpatía hacia la oposición.

Una vez que las mujeres han reunido y fotocopiado los documentos deben pasar por interminables trámites burocráticos. Otro tiempo se consume en las salas de espera de funcionarios que "no están" y cuando logran entrevistarse con ellos, los funcionarios les responden como si condescendieran, cuando no con franco desprecio. Las explicaciones que ofrecen son increíbles: su marido debe haberse ido a México o a Miami a buscar trabajo, a Cuba para enlistarse en la guerrilla, o tal vez fue secuestrado por terroristas. El propio General Mejía Víctores sugirió que los desaparecidos planearon su propio secuestro para

---

* Judith Stronach es una periodista estadunidense que trabaja en California y se ha especializado en temas relacionados con los derechos humanos.

** Este texto apareció en su versión original en inglés, algo más extensa, en la revista estadunidense *Ms* correspondiente al mes de agosto de 1986.

recibir custodia. Además, aseguran a la mujer que las placas del auto en que se llevaron a su compañero no existen, o que se trata de uno robado. Otras veces consideran a los desaparecidos criminales o traidores, incluso inestables mentales y locos. O le dicen que el desaparecido está involucrado en el narcotráfico o que pudo haberse ido con otra mujer. A esto sigue la explotación económica y/o sexual en sus mil formas posibles.

Gracias a la insistencia del GAM, una comisión gubernamental realizó una investigación sobre los desaparecidos en 1984. Pero luego de seis meses concluyó que no había cárceles clandestinas y que 'no se encontró a ninguno de los *desaparecidos*'. GAM protestó; y el General Mejía Víctores dijo a sus representantes: 'no sé en donde están; cuando ustedes los encuentren, díganmelo; porque no soy yo quien los ha buscado personalmente'.

Estas mujeres también se enfrentan a presiones tremendas dentro de su casa: además del efecto devastador en sus vidas, de la desaparición de su compañero, está el dolor de sus hijos. La hijita de Hugo León Palacios, profesor y estudiante de Leyes secuestrado en marzo de 1984, escribió: 'Y llegó el día del padre; un día de regalos, besos y abrazos; pero yo no pude darte el regalo que te hice en la escuela. Me quedé con él en las manos mientras veía a mis compañeros con sus papás, quienes recibían el suyo con un beso. Por eso pido a los que me robaron a mi papito que te dejen venir a casa un momento para que yo pueda verte, y asegurarte que apretaré tu mano tan fuerte, que no van a poder llevarte otra vez. Cada noche pido a Dios que les diga a esos hombres que te liberen, para que vengas muy pronto y yo te esconda donde nunca te puedan encontrar. Quiero que estés con nosotros papi. Mamá dice que vendrás muy pronto, quizá esta misma noche; ¿sí papi? Tu Audrey.

Muchos niños fueron testigos del secuestro y aun de la tortura de sus padres, parientes, amigos o maestros. Y el mismo gobierno estima que unos 120,000 niños han perdido a uno de sus padres o a los dos. La esposa de León Palacios dice al respecto de sus hijos: 'Les han sembrado dentro la semilla del odio desde muy pequeños. Una imagina que cada hombre que mira pasar por la calle tiene la culpa de la ausencia de su padre'. Las esposas de los desaparecidos tienen que desplegar su logística: encontrar quien les cuide a sus niños mientras se ocupan de buscar a sus compañeros, y, sobre todo, encontrar una fuente de ingresos, pues muchas veces él era el único sostén de la familia. Pero tener un empleo es difícil: casi la mitad de la fuerza de trabajo en Guatemala está desempleada o subocupada. Podrían pedir que se daclare muertos a sus maridos, pues como viudas acaso recibirían alguna ayuda o asistencia del gobierno; sin embargo, consideran esta actitud como una traición. Por eso hablan de ellos en tiempo presente: 'El está vivo, sigue vivo'. Y su ropa permanece colgada en el closet; todo en su sitio... esperando'.

Esta ambigüedad complica la vida de la mujer. No puede sacar a los hijos del país, ya que para eso requiere del consentimiento del padre, o del acta de su defunción; y ninguna de las dos cosas es posible. No puede volver a casarse. Y aunque algunas deciden vivir con otro hombre, casi todas viven solas, en un limbo social y emocional, incapaces de hacer planes para el futuro mientras sus preguntas estén sin respuestas. Una verdadera obsesión. Godoy de Cuevas escribió a su familia: 'Estoy a punto de volverme loca. Ya pasaron diez meses... nada más hay que yo pueda hacer. Los días y las noches pasan tan rápido, y tan despacio, que quisiera desaparecer del mapa y jamás haber tenido esta pesadilla. Sólo pienso en él y hago todo lo posible para ayudarle a salir de esto... nunca descansaré hasta encontrar a mi Carlos'.

'Quisiera descansar de la esperanza', dice en un poema la escritora guatemalteca Alaide Foppa de Solórzano, quien desapareció en 1980. Porque la esperanza es alimento para la obsesión de estas mujeres. Algunas veces un prisionero logra escapar, y entonces habla sobre quienes permanecen vivos, si bien a la orilla de la muerte por locura y por hambre, en las cárceles clandestinas. La incertidumbre termina si alguien encuentra a su marido, o cuando decide resignarse ante la evidencia de que está muerto. La tercera posibilidad es su cadáver. Tienen que decirnos. Nos pueden decir que ellos ya murieron, estamos preparadas para escucharlo. Lo peor es no saber y la esperanza'.

Y sí, los cadáveres aparecen regularmente en las carreteras de Guatemala; sirven para recordar a las mujeres que ése puede ser su propio destino, la última consecuencia de la desaparición de sus compañeros. Godoy de Cuevas escribió a sus parientes en Costa Rica: 'Estoy segura de que me devolverán a Carlos vivo, o que me llevarán a mí también'. Su carta está fechada el 30 de marzo de 1985. Y el 4 de abril ella, su hermano y su hijo de dos años fueron encontrados muertos en su auto, a causa de un supuesto accidente. Cinco días antes apareció el cuerpo torturado de Héctor Gómez, secretario de prensa del GAM, en otra carretera.

Como las familias de los desaparecidos son testigos del lado oscuro de la sociedad y del gobierno, viven en el temor de la venganza. Muchas mujeres han recibido amenazas de muerte para ellas y/o sus hijos. Las siguen, las observan; los coches van junto a ellas, despacio, cuando caminan por la calle. Los camiones que llevan a las indígenas rumbo a las reuniones del GAM son tomados por el ejército. Y nadie puede saber si la causa de un retraso es algo sin importancia, o un secuestro más. Hombres armados vigilan sus casas; hay llamadas telefónicas que dicen: "ahora es tu turno". Muchos hogares han sido registrados por la policía, obligando a sus habitantes a mudarse. Entre ellos dos líderes del GAM , Isabel de Castañón y Nineth de García, que son acogidas periódicamente por voluntarios de la organización de derechos humanos, Brigadas Internacionales para la Paz.

Varias naciones ofrecen asilo a mujeres cuya vida está en peligro, pero la mayoría vacila en irse, pues considera que huir es desertar; también temen que una vez fuera de Guatemala jamás verán de nuevo a sus compañeros.

Si se tiene en cuenta los asesinatos de líderes del GAM, las amenazas de muerte y la cantidad de gente que se ve forzada al exilio, la constancia y participación de más de 1,200 miembros del GAM es un testimonio del valor que la desesperanza puede generar. Esta asombrosa sobrevivencia del GAM es asimismo prueba de la importancia que tiene para los guatemaltecos, ricos y pobres, viejos y jóvenes, citadinos y campesinos, indígenas y no indígenas. In-

mediatamente después de una desaparición, GAM ayuda a los parientes en su búsqueda y les ofrece su valioso apoyo. Aun cuando el desaparecido no sea encontrado, este intento hace público el fenómeno, y la conciencia que despierta posiblemente evite futuras desapariciones. Es importante para las familias considerar que su esfuerzo privado es parte de uno colectivo, porque así trabajan con un sentido y dirección en lugar de responder sólo a la desesperada necesidad de mantenerse activos.

Este cambio —de ser víctimas pasivas a ser agentes movilizados— ha tenido un efecto cierto en la percepción que las mujeres tiene de sí mismas. La comprensión política de lo que ocurre las lleva a responder a los hombres en el poder con estrategias, en vez de con lágrimas; a operar dentro del sistema después de toda una vida en la que se les ha indicado cuál es su lugar y sus límites; a pararse frente a la autoridad y a cuestionarla resueltemente. Una mujer dijo: 'Tenemos el poder de decir a quienes están en el poder qué es lo justo'.

Los esfuerzos del GAM por llamar la atención sobre las desapariciones han tenido éxito. Hoy en día su organización es parte del paisaje político de Guatemala; y Nineth de García es considerada por muchos como un líder de la oposición legítima. También el resto del mundo ha respondido al GAM, que ha sido nominado este año para ganar el Premio Nobel de la Paz. El Congreso norteamericano aprobó una resolución presentada por la diputada Barbara Boxer (demócrata de California), pidiendo que se considere el tratamiento que da el gobierno guatemalteco al GAM como una medida para juzgar el progreso de los derechos humanos en ese país; y como una condición de la ayuda estadounidense. Y una subcomisión de las Naciones Unidas aprobó una propuesta que pide al gobierno de Guatemala 'prevenir toda persecución y maltrato a los miembros y líderes del GAM, así como responder a sus peticiones de una manera satisfactoria'.

Sin embargo, no toda la atención sobre el GAM es positiva. Al final de una gira por Europa, en abril de 1986, Nineth de García se detuvo en Chicago para recibir las llaves de la ciudad. Una comisión de bienvenida la esperaba en el aeropuerto, pero las autoridades de migración separaron a Nineth de su grupo, la registraron, interrogaron y la acusaron de ser comunista y terrorista. Regresó a Guatemala sin las llaves de la ciudad para consternación de su alcalde, Harold Washington, quien aseguró que él mismo las guardaría hasta poder dárselas en propia mano.

Ciertamente el nuevo presidente civil sabe que debe tener en cuenta la repercusión política del GAM; y prometió crear una comisión para investigar sobre las desapariciones. Cerezo ha despertado la esperanza; y su propia historia la alimenta, ya que pertenece a una familia con una larga tradición de oposición a los dictadores de Guatemala. El mismo es cristiano liberal y demócrata, cuya crítica al régimen anterior le costó varios atentados contra su vida y cinco años de exilio. Su esposa Raquel, mujer fuerte y brillante, es también una razón para el optimismo. Políticamente está a la izquierda de Cerezo; y durante su campaña, se vistió de negro en honor a los muertos de su país; prometió ser la 'abogada del pueblo'.

La elección de Cerezo da un respiro a la oposición. La cantidad de miembros del GAM, casi duplicada desde que tomó posesión de su cargo, es un indicador de la confianza pública en la posibilidad de una protesta segura. Pero aunque real, esta apertura política es limitada. Las buenas intenciones de Cerezo no han evitado los secuestros. A los cuatro días de su elección se encontró el cuerpo torturado de la maestra Beatiz Eugenia Barrios; y junto a él una nota: 'vendrán más'. Los miembros del GAM siguen recibiendo amenazas de muerte. Es cierto que los observadores culpan de la violencia a la extrema derecha, a los militares y no al presidente; pero el hecho concreto es que él no tiene poder para impedirla.

Cerezo ya tenía las manos atadas aún antes de que tomara posesión. A diferencia de los generales de Argentina, el ejército guatemalteco organizó la transición a un gobierno civil en función de sus propios intereses. Quería crear una imagen democrática para atraer la ayuda y la inversión extranjera en un momento de crisis económica grave. Y con estas elecciones dio a los Estados Unidos una excusa para reanudar la ayuda oficial, suspendida en 1977 por las violaciones a los derechos humanos en ese país. Antes de retirarse' los militares institucionalizaron su poder mediante enmiendas que introdujeron en la Constitución. No sólo controlan el Ministerio de Defensa y los programas de seguridad y contrainsurgencia, responsables de las desapariciones, sino que también manejan gran parte del país a través de los coordinadores militares, que en la práctica funcionan como un sistema de poder paralelo al de los funcionarios electos.

Y Cerezo sabe que para sobrevivir como presidente tiene que conciliar con las fuerzas de seguridad, que ciertamente no van a permitir una investigación sobre su pasado. Por lo pronto, ya les prometió que no va a revisar los abusos contra los derechos humanos: 'El pasado debe olvidarse; no vamos a actuar como en Argentina'. (El gobierno civil argentino, que asumió el poder en 1983, está sometiendo a juicio a los militares involucrados en la desaparición de más de 9,000 personas entre 1976 y 1983. En diciembre de 1985 cinco oficiales, incluyendo dos expresidentes, recibieron sentencia de prisión). Para GAM, el grado en el que Cerezo investigue el destino de los desaparecidos será prueba de su habilidad para controlar al ejército, y para crear una verdadera democracia en el país. Pero GAM no está seguro de que el presidente pase esta prueba.

Miembros de la comunidad internacional y de los grupos por derechos humanos, como Amnistía Internacional, protestan por la práctica de las desapariciones y trabajan para que el gobierno guatemalteco no olvide el pasado.

Pero las desapariciones florecen en la oscuridad, en secuestradores encapuchados, celdas secretas, víctimas ocultas. Y el silencio es el precio que se paga por la posible liberación de un desaparecido. Las mujeres en Guatemala, El Salvador, Chile y Argentina ya no están dispuestas a pagarlo; ya no van a tolerar una vida de preguntas y abiertamente exigen respuestas. 'Ellos tienen que estar en algún lugar; si no en uno, en otro. ¿Dónde están todas estas personas?' Y con sus preguntas apelan a la conciencia social. 'Los días pasan y las noches son interminables; ¿dónde están nuestros seres queridos? ¡Ayúdenos! ¡Se los llevaron vivos y vivos los queremos!

Traducción: Patricia Morales